

él y le asestaban una atroz mirada de odio.

El magistrado se despertó dando un grito de espanto, cubierto de sudor y con todo el cuerpo dolorido. Encima de la mesa, á su lado, estaba abierto el periódico.

Y para aquel hombre desgraciado la realidad fué tan horrible como la pesadilla.

XVII

El día siguiente todas las dudas de Lescuyer se disiparon.

Muy temprano fué á la cárcel, con el pretexto de tomar algunos datos para su obra, y los carceleros de todos los grados se apresuraron, naturalmente, en derredor de él, obsequiosos, gorra en mano y con exagerada y baja cortesía.

Al pasar por las celdas destinadas á los presos de importancia, Lescuyer se detuvo y preguntó al director de la cárcel, que le acompañaba en su visita :

« Y á propósito... Ese hombre... El de ese crimen de la calle Cadet...

— ¿Forgeat? Aquí está, señor Fiscal, en el número 4...

— ¿Y cuál es su actitud?...

— Muy abatido... Me parece que ese buen

mozo no dará mucho que hacer al juez de instrucción. Está desde ayer acompañado por un carcelero y por un «soplón» según costumbre... Pero no ha chistado... Apenas ha comido la sopa esta mañana... Si el señor Fiscal desea verle..., añadió el director, haciendo una seña al llavero que les seguía.

Este empleado se apresuraba ya á buscar en su gran manajo de llaves la del número 4, pero el magistrado le detuvo con un ademán.

« Es inútil, dijo. Miraré por el ventanillo. »

El ventanillo, muy pequeño, pero que se ensancha en forma de embudo á través del espesor de la puerta, permite al curioso ver todo el interior de la celda sin que el preso pueda observar que se le espía.

Lescuyer miró y desde el primer momento quedó anonadado por la horrible certeza. Aquel preso se le parecía. Aquel preso era su hijo.

Cristián Forgeat estaba sentado cerca de una mesa en cuyo extremo opuesto jugaban tranquilamente á las cartas un carcelero y un hombre vestido con el traje de los presos. Apoyado el codo en la mesa y reclinada tristemente la cabeza en el puño cerrado, Cristián estaba de espaldas á sus acompañantes y de frente por completo á la mirada que le observaba.

Lescuyer, cuyo corazón palpitaba rudamente y cuya frente estaba inundada de sudor, reconoció en seguida aquellos rasgos acentuados, aquella tez morena, aquellos ojos profundamente hundidos bajo el arco de las espesas y negras cejas. No era ya posible dudar. El preso era un Lescuyer, pues tenía el tipo característico de la familia. Dominado por una especie de fascinación, el magistrado no podía apartar la mirada de aquel criminal. Le parecía verse á sí mismo de aquella edad, cuando era amante de Perrinette. Y, sin embargo, el parecido, aunque innegable, no era tan completo.

Solamente al cabo de un largo minuto recordó quién era y dónde se encontraba y pudo sustraerse á aquella triste contemplación. Para decir á los empleados que iba á retirarse necesitó hacer un esfuerzo y observó que le temblaba la voz. Pero por fortuna los pasillos y las encrucijadas de aquel siniestro edificio son muy sombríos y el fiscal pudo despedirse de los carceleros, que le acompañaron hasta la puerta, sin que nadie observase su palidez ni la alteración de su semblante.

Se fué maquinalmente al Palacio de Justicia, muy próximo, se encerró en su despacho, trató de recobrar algún imperio sobre sí mismo y pensó: « Vamos á ver... ¡ Calma! Apreciemos serenamente la horrible situación... ¿ Qué hacer? »

Desde luego empezó por examinar las probabilidades que pudiera tener aquel hombre de salvar la cabeza y vió que eran muy pocas. El robo con asesinato no ofrecía duda sobre la premeditación. Cometido en una tienda abierta, en el centro de París y casi á la vista de los transeuntes había producido en la opinión pública una emoción profunda que reavivada en el momento de la vista sería muy peligrosa para el acusado. Los jurados, con frecuencia indulgentes para algún crimen sangriento inspirado por una pasión, son inexorables cuando el delito ha tenido por causa y por objeto el robo. Según todas las probabilidades, Cristián Forgeat sería condenado á muerte, y al llegar á esta conclusión el magistrado sintió un intenso escalofrío.

En vano trató de tranquilizarse un poco pensando que la pena capital era cada vez más rara, que el jefe del Estado usa ampliamente de su derecho de indulto y que no se derrama sangre con frecuencia ante la *Roquette*. Siempre volvía á la evidencia de que el caso de Forgeat era desesperado. Asesinato y robo, con premeditación... Esto era seguramente la pena de muerte... la guillotina.

Sin embargo, aquel práctico juez recordaba más de un criminal tan culpable como éste, que

había escapado á la pena capital. ¿Qué hacía falta para esto? Muy poca cosa á veces: un arrepentimiento sincero ó bien representado, un incidente conmovedor en la vista, la compasión producida por un testigo de descargo y, sobre todo, una defensa hábil.

No faltaban, en verdad, los buenos defensores. Lescuyer conocía, por haber reñido con ellos grandes luchas de elocuencia y de lógica, á todos los maestros del foro, á todos los grandes criminalistas. La de aquel crimen de la calle *Cadet* sería una hermosa defensa y Lescuyer contó desde luego con la acción arrebatadora, con la palabra ardiente del viejo Pechaud, el orador sin segundo para seducir al auditorio, para conmovederle hasta las entrañas; con aquel hombre naturalmente patético, de sensibilidad contagiosa, que lloraba verdaderas lágrimas y era, por otra parte, incansable y capaz de hablar tres ó cuatro horas seguidas, para terminar de repente en cuanto veía temblar los labios y humedecerse los ojos de los jurados.

Sí, necesitaba á Pechaud, que, además, era amigo suyo. Él sabría interesar en este asunto á aquel maestro, que no había tenido que lamentar en su larga y gloriosa carrera más que dos sentencias de muerte y que vencería una vez más en

esta causa casi desesperada y obtendría las circunstancias atenuantes.

Pero ¿cuáles? ¿Qué se podía decir para atenuar el horror de aquel crimen? Lescuyer se lo preguntó á sí mismo con angustia y se reconoció impotente para imaginar la menor excusa. El experto fiscal no sabía más que acusar, de tal modo su espíritu se había acomodado en veinte años de ejercicio á la gimnástica del oficio. Pero el magistrado hizo un esfuerzo para sustraerse á sus añejas costumbres. Sí, era posible y aun fácil la defensa de Forgeat. Un bastardo abandonado al nacer; — ¡Dios mío! ¿Por quién? — una conciencia de niño contagiado y pervertido por la permanencia en las casas de corrección... Y en esto recordó el fiscal cuántas veces había refutado desdeñosamente tales excusas alegadas por la defensa y se sintió invadido por el terror ante aquella cruel ironía, tuvo miedo de sí mismo y concibió la sospecha de que toda su vida de magistrado había estado, acaso, consagrada á la iniquidad.

Una vez más vió todos los criminales de espalda encorvada por el miedo y por la vergüenza á quienes él había confundido con su vengadora elocuencia y enviado al presidio ó al patíbulo. No había pronunciado más que palabras de cólera

y de maldición contra aquellos desgraciados, en la convicción de que llenaba de este modo una función superior, un grande y necesario deber. Y ahora era su hijo, sí, el hijo engendrado por él, no había duda, el que se sentaba en el banquillo de infamia y contra el cual tendría él mismo que invocar la vindicta pública. Aquel hijo era ladrón y asesino, pero ¿tras de qué existencia de tentaciones y de sufrimientos? ¿Y á quién la debía desde su nacimiento, sino al hombre egoísta y desnaturalizado que abandonó á una pobre muchacha y que entregó su hijo á todas las contingencias de la miseria, como se arroja á la alcantarilla un perrillo recién nacido?

¡Vamos! ¡Juez austero, magistrado implacable, viste tu toga y tu birrete! ¡Haz tu deber! ¡Blande la espada de la ley! ¡Amontona los rayos sobre esa frente culpable! Para inmolar á tu hijo no tienes la virtud de Bruto, pero el Ángel de la Justicia guía tu brazo, nuevo Abraham, y la seguridad de los ciudadanos, el pacto social, exigen que seas hipócrita y feroz y que pidas la cabeza de ese malhechor. Te debe la vida, su triste vida, pero ¿qué importa? Tu papel abominable, tu función repugnante es reclamar su muerte. Desarrolla toda tu elocuencia, procura hacer estremecerse á las gentes acomodadas del jurado

con la descripción del crimen. Maldice á ese hombre, con el amplio ademán de tu brazo togado, y envíale al suplicio. No temas; solamente tu conciencia sabrá cuál de los dos es en realidad el más malvado.

Desde ese día, todas las horas, todos los minutos de la vida de Lescuyer fueron envenenados por estos torturadores pensamientos, que le perseguían hasta en sus escasos ratos de sueño agravados entonces por insufribles pesadillas. Pero en el naufragio moral de aquel hombre sobrenadaba un solo sentimiento; el de su responsabilidad respecto del bastardo.

Por el juez de instrucción encargado del asunto, á quien el fiscal supo interrogar diestramente, supo Lescuyer la lamentable historia de Cristián Forgeat, la muerte de Perrinette, la permanencia del joven en la Colonia de la Meseta y sus aventuras en la baja bohemia de París. Y al pensar en el destino de su desgraciado hijo, el magistrado se creía más y más culpable.

La emoción producida en el público por aquel trágico asunto no se había calmado. Se trataba decididamente de una causa célebre y no resultaba extraño que el señor Lescuyer tomase en ella un interés tan vivo y tan persistente. Cristián supo de este modo que el preso no negaba

ni la muerte ni el robo, del que era una prueba concluyente la papeleta ensangrentada, pero que insistía en defenderse enérgicamente y contra toda verosimilitud, de haber premeditado el crimen.

En vano el juez de instrucción empleó contra Cristián toda su astucia y le tendió todos los lazos posibles. El acusado insistió en su sistema de defensa, por imperfecto que fuese, sin que pareciese tener esperanza alguna de convencer á nadie, muy abatido, muy desanimado y diciendo que estaba resignado á morir.

« Se lo repito á usted, decía al juez cuando éste le cansaba y le ponía nervioso con sus insistentes preguntas; fuí para vender la papeleta y no pensé en matar al judío hasta que abrió la caja y vi el revólver al lado de la cartera y de las exportillas de oro... ¡Oh! Bien lo sé; usted no me cree y no me creerán tampoco en la vista, por lo que seré probablemente guillotinado... ¡Tanto mejor! Estoy cansado de la vida, que no tiene nada de agradable... Pero no puedo hacerme peor de lo que soy y le cuento á usted las cosas como han sucedido, porque así es la verdad. »

El juez de instrucción, señor Courbemer, era un magistrado muy práctico que amaba con pasión su oficio, pero era, por otra parte, buena

persona, y acababa por admirar tanta obstinación y casi se inclinaba á creer en la sinceridad del criminal.

Una mañana, al ir á su despacho, encontró á Lescuyer en el patio del Palacio de Justicia y le habló en seguida de Forgeat.

« Puesto que este asunto interesa á usted, señor fiscal, le advierto que estoy acabando el sumario y no puedo obtener nada más de mi hombre... Dentro de dos ó tres días terminaré la instrucción y enviaré la causa á la Audiencia... Preveo que Forgeat no va á hacer tragar al jurado que mató al judío por un impulso momentáneo. Y, sin embargo, es posible. Si ese muchacho me ha engañado, es muy hábil é imita maravillosamente el acento de la sinceridad... ¿Lo creerá usted? Me siento inclinado á la indulgencia respecto de él... Y después, una deposición que recogí ayer mismo me impresionó favorablemente.

— ¿Qué deposición, querido colega? preguntó Lescuyer, que estaba encuchando ávidamente las palabras del juez.

— La de una desgraciada criatura, una mujer pública, ó poco menos, en cuya casa pasó Forgeat una hora, la noche siguiente á la del crimen... Esa mujer se ha presentado espontáneamente á declarar en su favor... No se trata, seguramente, más que de un dato sobre la fisonomía moral de

Forgeat, de un acto que no tiene relación alguna con la causa... Pero es, sin embargo, una prueba de que nuestro asesino tiene algo bueno y de que le queda, por decirlo así, una especie de corazón... Pero tratándose de usted, señor fiscal, no hay secreto. Suba usted conmigo y lea esa declaración... Aseguro á usted que es curiosa.»

Los dos magistrados subieron juntos al despacho del juez de instrucción, habitación estrecha, baja de techo y muy ligeramente provista del mobiliario oficinesco, y mientras el señor Courbemer daba órdenes en voz baja al escribano, cerca de la ventana, el fiscal, sentado ante la causa de Forgeat, leyó atentamente la deposición del último testigo.

« ¿Verdad que es raro? dijo el juez.

— En efecto, respondió Lescuyer con voz turbada; tiene usted razón. Hay todavía buenos instintos en ese joven... Pero le dejo á usted trabajar, mi querido amigo. Adiós.»

Y después de estrechar la mano de su colega, el señor Lescuyer salió prontamente para ocultar la emoción que le ahogaba. Ya en el pasillo, escribió en su libro de memorias un nombre y unas señas: « Luisa Rameau, calle de los *Vinaigriers*, 22.»

« Es preciso que vea á esta mujer sin tardanza y que hable con ella, » murmuró.